



XXII

Martín Sánchez Chagollan

Ahora bien: ¿quién era el hombre temerario que se había atrevido á colgar á veinte *plateados* en los lugares mismos de su dominio, y que así había causado aquel movimiento en el cuartel general de los bandidos?

El nombre de Martín Sánchez Chagollan no era enteramente desconocido en Xochimancas, de modo que no causó sorpresa, pero sí la causó, y muy grande, saber-lo que había hecho.

¡Colgar á veinte plateados en los catzahuates de Tetelcingo, es decir, en el corazón mismo de aquella satrapía en que no dominaban más que el crimen y el terror!

Pero, ¿quién era ese hombre? ¿Era acaso un jefe del Gobierno, apoyado en la ley y contando con todos los elementos de la fuerza pública, con el dinero del Erario y con el concurso de las autoridades y de los pueblos?

Nada de eso. Martín Sánchez Chagollan, personaje rigurosamente histórico, lo mismo que Salomé Plasencia, que el Zarco y que los bandidos á quienes hemos presentado en esta narración, era un particular, un campesino, sin antecedentes militares de ninguna especie; lejos de eso, había sido un hombre absolutamente pacífico, que había rehusado siempre mezclarse en las contiendas civiles que agitaban el país hacía muchos años, y así, retraído, casi tímido, vivía entregado exclusivamente á los trabajos rurales en un pequeño rancho que tenía á poca distancia de Ayacapixtla, cerca de Cuautla de Morelos. Y, con todo esto, era un hombre de bien á toda prueba, uno de esos fanáticos de la honradez, que prefieren morir á cometer una acción que pudiera manchar su nombre ó hacerlos menos estimables para su familia ó para sus amigos.

Con tales principios, y en aquella época de revueltas y de corrupción, en que no pocos hombres

rústicos y sencillos se vieron obligados á complicarse en las revoluciones ó en los crímenes cometidos á la sombra de ellas, Martín Sánchez tuvo que sufrir mucho á fin de substraerse de compromisos y de enredos. Pero á fuerza de habilidad y de energía quedó limpio, y aunque visto con desconfianza y con recelo por todos los partidarios, logró quedar tranquilo, viviendo arrinconado y oculto en su ranchito, cuidando sus pequeños intereses y ayudado de sus hijos, ya grandes.

Porque Martín Sánchez era un hombre ya entrado en años. Tendría unos cincuenta; sólo que contaba con una de esas robustas y vigorosas naturalezas que sólo se ven en el campo y en la montaña, fortificadas por el aire puro, la sana alimentación, el trabajo y las buenas costumbres. Así es que, aunque cincuentón, parecía un hombre en toda la fuerza de la virilidad.

De estatura pequeña, de cabeza redonda, y que parecía encajada en los hombros por lo pequeño del cuello, sus anchas espaldas, sus brazos hercúleos y sus piernas torcidas y nervudas, revelaban en él al trabajador infatigable y al consumado jinete.

Sus ojos pequeños, verdosos y vivos, su nariz aguileña, su cara morena y bien coloreada, su boca de labios delgados y fruncidos, su barba rasurada siempre, juntamente con su frente estrecha y sus cabellos cortados á peine y casi erizados, le daban

cierta apariencia felina. Tenía una vaga semejanza con los leopardos. Tal era el hombre que ejerció una influencia importantísima en esa época en la tierra caliente, y á cuya acción se debió principalmente la extinción de esa plaga espantosa de bandidos que por años enteros asoló aquellas fértiles y ricas comarcas.

Vivía, pues, Martín Sánchez tranquilamente consagrado á sus labores, como lo hemos dicho, cuando, estando ausentes él y su esposa, cayó á su rancho una gran partida de plateados.

El anciano padre de Martín y sus hijos se defendieron heroicamente, pero fueron dominados por el número, asesinado el anciano, así como uno de los hijos, saqueada la casa é incendiada después, y destruído todo lo que constituía el patrimonio del honrado labrador.

Cuando Martín Sánchez regresó de México, á donde había ido, no encontró en su casa más que cenizas, y entre ellas los cadáveres de su padre y de su hijo, que no habían sido sepultados aún porque los otros hijos, heridos y ocultos en el monte, no habían podido venir al rancho.

En fin, aquello era el horror y la desolación.

La esposa de Martín estuvo enloquecida algún tiempo de dolor y de miedo.

Martín Sánchez no dijo nada. Fué á buscar á sus hijos al monte; con ellos dió sepultura á los cadá-

veres de su padre y de su hijo, y despidiéndose de su pobre rancho, convertido en escombros, y de sus campos incendiados, se llevó á su mujer y á su familia al pueblo de Ayacapixtla, en donde esperaba tener mayor seguridad.

Entonces vendió lo poco que le había quedado, y, con el dinero que reunió, compró armas y caballos para equipar una partida de veinte hombres.

Después, ya sanos sus hijos, los armó, habló con algunos parientes y les decidió á acompañarle, pagándoles de su peculio, y una vez lista esta pequeña fuerza, fué á hablar con el Prefecto de Morelos y le comunicó su resolución de lanzarse á perseguir plateados.

El Prefecto, alabándole su propósito, le hizo ver, sin embargo, los terribles peligros á que iba á quedar expuesto en medio de aquella situación. Pero como Martín Sánchez le respondió que estaba enteramente decidido á perecer en su empresa, el Prefecto, en cumplimiento de su deber, le ofreció los auxilios que estaban en su poder, y lo autorizó para perseguir ladrones, en calidad de jefe de seguridad pública, y con la condición de someter á los criminales que apprehendiera al juicio correspondiente.

Así autorizado, Martín Sánchez partió con su pequeña fuerza. Pero comprendiendo bien que con tan débiles elementos no podía hacer frente á las huestes numerosas de plateados que merodeaban en los dis-

tritos de Morelos, Yautepéc y Jonacatepec, se limitó á una guerra meramente estratégica, procurando combatir á partidas pequeñas, con el objeto de aprovecharse de sus armas y caballos para aumentar su fuerza.

Y así fué cómo, huyendo y caminando de noche, y pagando emisarios, y haciendo jornadas fabulosas, poco á poco fué derrotando algunas partidas de bandoleros, y proveyéndose de armas, de municiones y caballos.

Luchaba con el desaliento general, con el terror á los plateados, con la complicidad de muchas gentes, con la hostilidad de algunas autoridades, meticolosas ó complicadas en aquellos crímenes; luchaba, en fin, hasta con la poquedad de ánimo de sus mismos soldados, que no teniendo más aliciente que el de un pequeño sueldo, iban arriesgando la vida, y arriesgándola con los plateados, que daban á los prisioneros y á los plagiados una muerte siempre acompañada de espantosas torturas.

Así es que Martín Sánchez tenía que vencer día á día tremendas dificultades; pero su sed de venganza le dió fuerzas superiores.

Esa sed fué su resorte.

Movido por un sentimiento personal, poco á poco, en él, fueron reuniéndose los rencores generales, como en un pecho común; cada sentimiento de venganza por un crimen de los plateados encontraba en

su espíritu un eco, cada asesinato cometido por ellos era inscrito en el tremendo libro de su memoria; cada lágrima de viuda, de huérfana de padre, se depositaba en su corazón como en una urna de hierro. De vengador de su familia se había convertido en vengador social.

Era el representante del pueblo honrado y desamparado, una especie de juez Lynch, rústico y feroz también, é implacable.

Había suprimido en su alma el miedo, había abrazado con fe su causa, esperando que en ella dejaría la vida, y estaba resuelto; pero también había suprimido, entre sus sentimientos, el de la piedad para los bandidos.

Ojo por ojo y diente por diente. Tal era su ley penal.

¿Los plateados eran crueles? Él se proponía serlo también.

¿Los plateados causaban horror? Él se había propuesto causar horror.

La lucha iba á ser espantosa, sin tregua, sin compasión.

¿Quién ganaría? ¿Quién sabe, pero Martín Sánchez se lanzaba á ella con los ojos cerrados, con la espada desnuda y con el pecho acorazado por su sed de venganza y de justicia!

Los bandidos debían temblar. ¡Había aparecido por fin el ángel exterminador!

Para aquellas inmundas aves de rapiña no había más que el águila de la montaña, de pico y de garras de acero.

Martín Sánchez era la indignación social hecha hombre.



XXIII

El asalto

La Calavera era una venta del antiguo camino carretero de México á Cuautla de Morelos, más famosa todavía que por ser paraje de recuas, de diligencias y de viajeros pedestres, por ser lugar de asaltos.

En efecto, no en la venta propiamente, pero sí un poco más acá ó un poco más allá, siempre había un asalto en aquella época. Y es que por allí las curvas del camino, lo montuoso de él y la proximidad de los bosques espesos, y de las barrancas, ofrecían grandes facilidades á los ladrones para ocultarse, emboscarse ó escapar.

Por eso los pasajeros de la diligencia ó los arrieros no se acercaban á La Calavera sino santiguándose

y palpitando de terror. El nombre mismo del paraje es lúgubre. Probablemente allí había habido, en los antiguos tiempos, una calavera clavada en los árboles del camino y que pertenecía á algún famoso bandido, ajusticiado por las partidas de *Acordada* en la época colonial; ó tal vez había habido muchos cráneos de ladrones, y el vulgo, como tiene de costumbre en México, había singularizado el nombre para hacerlo más breve.

El caso es que el lugar es siniestro en demasía, y que no se veía antiguamente el caserón obscuro, ruinoso y triste de la venta sin un sentimiento de disgusto y de terror.

Allí, pues, una tarde de otoño, ya declinando el sol, y tres meses después de haberse verificado los sucesos que acabamos de referir, se hallaba delante de la venta una fuerza de caballería formada, y compuesta como de cuarenta hombres.

Estaban éstos uniformados de un modo singular: llevaban chaqueta negra con botones de acero pintados de negro; pantalones negros, con grandes botas fuertes de cuero amarillo, y acicates de acero; sombrero negro de alas muy cortas, sin más adorno que una cinta blanca con este letrero: *Seguridad pública*. Y en cuanto á las armas, eran: mosquete terciado á la espalda, sable de fuerte empuñadura negra y vaina de acero. Cada soldado llevaba una canana llena de cartuchos en la cintura. Los caballos magníficos,

casi todos de color obscuro, las sillas y todo el equipo de una extrema sencillez y sin ningún adorno. Los ponchos negros, atados en la grupa.

Casi todos estos soldados parecían jóvenes, muy robustos, y tenían un gran aire marcial; pero su uniforme y su equipo les daban un aspecto lúgubre y que infundía pavor. Parecían fantasmas, y en aquella venta de la Calavera, y á aquella hora, en que los objetos iban tomando formas gigantescas, y cerca de aquellos montes solitarios, semejante fila de jinetes silenciosos y ceñudos, más que tropa, parecía una aparición sepulcral.

El que seguramente era el jefe se hallaba pie á tierra, teniendo su caballo de la brida, y parecía interrogar el horizonte en que se perdía el camino, en espera seguramente de alguno.

Estaba vestido del mismo modo que sus soldados, sólo que, en lugar de botas, tenía chaparreras de chivo amarillo y se hallaba abrigado con una especie de esclavina oscura.

A pocos momentos salió de la venta un sujeto ya de edad y bien vestido, que, dirigiéndose á este jefe, le preguntó:

—¿No parecen todavía, don Martín?

—¡Nada, ni su luz!—respondió éste.

Así, pues, aquel jefe era Martín Sánchez Chagollan, y aquella era su tropa, uniformada, según los propósitos de su jefe, de color obscuro y sin ningún

adorno, por odio á los plateados. También por odio á éstos había determinado que los sombreros de sus soldados no tuviesen las faldas anchas, sino, al contrario, muy cortas y sin ningún galón.

Martín Sánchez veía con muy mal ojo á todo el que usaba el sombrero adornado de plata, y como sus sospechas iban haciéndose temibles, los sombreros sencillos y oscuros se estaban poniendo de moda por aquellos rumbos, porque eran una especie de salvaguardia.

Sin embargo, todavía en ese tiempo Martín Sánchez estaba muy lejos de llegar á ser el terror de los bandidos y de sus cómplices. Todavía tomaba mil precauciones para sus marchas y sus expediciones, temeroso de ser derrotado; todavía estaba haciendo *pininos*, como él decía. Ya había colgado un buen número de plateados, pero ya le habían acusado muchas veces de haber cometido estos abusos para los que no estaba autorizado, pues, como lo hemos dicho, sólo tenía facultades para aprehender á los criminales y consignarlos á sus jueces. Pero Martín Sánchez había respondido que no colgaba sino á los que morían peleando, y eso lo hacía para escarmiento.

En esto es muy posible que ocultara algo, y que realmente él fusilara á todo bandido que cogía; pero, como se ve, ni había podido desplegar toda su energía ni tenía los elementos necesarios para ha-

cerlo, pues no contaba más que con aquellos cuarenta hombres y con su resolución.

El sujeto que acababa de dirigirle la palabra, y que parecía ser un rico hacendado ó comerciante, viendo que no venían las personas á quienes esperaban, dijo:

—Pues, don Martín, supuesto que esos señores no parecen, si V. no dispone otra cosa, seguiremos nuestra marcha, porque se nos hace tarde, y no llegaremos á Morelos á buena hora. Además, el cargamento se ha adelantado mucho, y podría ocurrirle algún accidente.

—Yo creo,—respondió Martín,—que no hay cuidado por esa parte. Saben que estoy por aquí, y no se han de atrever. Pero este don Nicolás sí me tiene con inquietud. Algo le ha de haber pasado, puesto que no llega. Me escribió que saldría de Chalco á la madrugada; debe haber almorzado en Tenango, y ya era hora de que estuviera con nosotros. Es verdad que viene bien acompañado y que además es muy hombre; pero estos malditos son capaces de haberle puesto una emboscada de Tenango acá, aunque yo no tengo noticia de que haya aparecido ninguna partida ayer ni antier. Pero V. sabe que los de Ozumba se ponen de acuerdo con los otros, y así hacen sus combinaciones. ¡Pues de veras sentiría yo que le hubiera pasado algo á tan buen amigo! Debí haberme adelantado hasta Juchi ó hasta Tenango; pero él

me advirtió que donde necesitaba acompañarse conmigo era aquí, porque desde aquí tenía aviso de que lo esperaban sus enemigos, que han jurado que han de acabar con él, lo mismo que conmigo. Y figúrese V. que el pobre va á casarse, y que ha ido á México á emplear una buena cantidad de dinero en las *donas*; de modo que los malditos, además de matarlo, cogerían una buena suma en alhajas. En fin, dejaré á unos muchachos aquí por si viniere, y nos adelantaremos, porque, en efecto, el cargamento ya ha de ir lejos.

Entonces Martín Sánchez montó á caballo y desfiló con su tropa, acompañado de aquel comerciante y de sus mozos, y dejando unos diez hombres con orden de acompañar á Nicolás, nuestro conocido, que venía de México.

No bien habían caminado casi una media hora, cuando oyeron tiros, y un arriero corría á escape para encontrarlos, gritándoles que los plateados estaban robando el cargamento.

Martín, á la cabeza de su fuerza, se avanzó á escape, y momentos después caía sobre los bandidos, que lo recibieron con una lluvia de balas y con una gritería insolente, diciéndole que ese era su último día.

Los jinetes negros hacían prodigios de valor, lo mismo que su jefe, que se lanzaba á lo más fuerte del combate. Pero los plateados eran numerosos y

estaban mandados por los jefes principales; la tropa de Martín estaba literalmente sitiada: ya seis ú ocho de aquellos bravos soldados habían caído y otros comenzaban á cejar; se había empeñado la pelea al arma blanca, y Martín, rodeado de enemigos, se defendía herido, desesperadamente, y procurando vender cara su vida, cuando un socorro inesperado vino á salvarlo.

Era Nicolás, que con los diez soldados que le había dejado Martín en La Calavera, y con otros diez hombres que traía, habiendo oído el tiroteo, se adelantó á toda carrera y llegó justamente en los momentos de mayor apuro para Martín Sánchez. Aquel valiente y aquella tropa de fresco produjeron un momento de confusión entre los plateados; aun así, eran éstos muy superiores en número y siguieron combatiendo.

Pero Nicolás era hombre de un arrojo irresistible, montaba un caballo soberbio y llevaba excelentes armas. Así es que viendo á Martín Sánchez cercado, se lanzó sobre el grupo repartiendo tajos y reveses. Ya era tiempo, porque el valiente jefe tenía la espada rota y estaba herido.

El Zarco y el Tigre eran de los que rodeaban á Martín, pero al ver á Nicolás retrocedieron y procuraron huir. El herrero, al reconocer al Zarco, no pudo contener un grito de odio y de triunfo. ¡Por fin lo tenía enfrente!

Partió sobre él como un rayo; el bandido, perdido de terror, se salió del combate y se dirigió á un bosquecillo, en donde estaban algunas mujeres de los bandidos á caballo, pero ocultas.

Nicolás alcanzó al Zarco precisamente al acercarse éste al grupo de mujeres, y allí, al tiempo en que el bandido disparaba sobre él su mosquete, le abrió la cabeza de un sablazo y lo dejó tendido en el suelo, después de lo cual volvió al lugar de la pelea, no sin gritar:

—¡Ya está vengada doña Antonia!

Ni oyó siquiera, furioso como estaba, el grito de Manuela, que era una de las mujeres que estaban á caballo, y que le había conocido precisamente en el instante mismo en que hería al Zarco.

La pelea, después de esto, duró poco, porque los bandidos huyeron despavoridos, dejando libre el cargamento.

El sol se había puesto ya enteramente. Avanzaban las sombras, y á la luz crepuscular, Martín Sánchez recogió sus muertos y heridos, lo mismo que los de los plateados, operación que le hizo detenerse algunas horas hasta que anocheció completamente.

Entonces, temiendo que los plateados se rehicieran y volvieran sobre él con todas las ventajas que les daban el número y la obscuridad, determinó que alguno se avanzara rápidamente hasta Morelos, y

pidiera á la autoridad el auxilio de fuerza y las camillas que se necesitaban.

La comisión era peligrosísima; los bandidos no debían estar lejos, y era de temerse una emboscada en el camino.

Sólo un hombre podía desempeñarla, y Martín Sánchez, en aquella angustia, no vaciló en pedir tal sacrificio á Nicolás.

—Señor don Nicolás,—le dijo,—sólo usted es capaz de exponerse á ese riesgo, pero acabe usted su obra. Ya nos salvó usted hace un rato. Ahora, sálvenos de una vez. Usted conoce los caminos, tiene buen caballo y es hombre como ninguno. Se lo ruego...

Nicolás partió inmediatamente. Cuando Martín le vió perderse entre las sombras:

—¡Yo no he visto nunca,—dijo,—un hombre tan valiente como éste!

—Pero en un descuido lo van á matar por ahí,—dijo el comerciante.

—¡Dios ha de querer que no!—replicó Martín Sánchez.—¿Pero qué quiere usted que hagamos para salir de aquí? No hay más que este recurso. ¡No le ha de suceder nada, ya verá usted! Don Nicolás tiene fortuna. Y es tan bueno... ¡valía más que me mataran á mí y no á él!

Entretanto, los soldados que observaban las cercanías de aquel lugar para ver si habían aún algunos

heridos, volvieron, diciendo que cerca, en unos matorrales, estaba llorando una mujer junto á un cadáver.

Don Martín fué en persona á reconocer á esa mujer, que no era otra que Manuela, que no había querido huir como sus compañeras, no por amor al Zarco, á quien creyó muerto al principio, sino por miedo al Tigre, que la hubiera tomado por su cuenta.

Martín, examinando el cuerpo, se cercioró de que aun respiraba. La herida que recibió el Zarco fué terrible, pero no mortal. El bandido estaba bañado en sangre y era difícil reconocerle, pero por Manuela se supo que era el Zarco.

Martín Sánchez se estremeció de gozo. Aquel bandido temible y renombrado había caído en su poder.

Iba á colgarlo tan pronto como amaneciera. Desgraciadamente, á la madrugada llegó la autoridad de Morelos con la fuerza y las camillas. Martín le entregó los bandidos prisioneros y heridos, juntamente con aquella mujer. Nicolás apenas los vió, y Manuela, por su parte, no quiso dar la cara de vergüenza y se cubrió la cabeza completamente con su rebozo.

Así marcharon á Morelos, Martín para curarse de sus heridas, que eran graves, lo mismo que sus soldados, continuando Nicolás á Yautepec á fin de preparar su matrimonio.

Manuela, como era natural, presa con su amante, permaneció en la cárcel, incomunicada, y viendo en su imaginación la imagen de Nicolás cada vez más bella.

